



I

CONFERENCIA GENERAL

EL PROBLEMA DE LA ENSEÑANZA EN EL PAÍS VASCO

POR

D. LUIS DE ELEIZALDE

Presentación del disertante por el Sr. Elorza

SEÑORES:

EL tema de la conferencia de esta tarde es el siguiente: «El problema de la educación en relación con el País Vasco. Importancia de la educación en general. La que le dan los países más adelantados. Indiferencia de los vascos ante estas cuestiones y sus consecuencias. El remedio».

Si el problema de la enseñanza en general tiene una trascendencia moral y social incuestionable y que no hay necesidad de encarecer, esta cuestión y este problema, en lo que se refiere al País Vasco, sube de punto de importancia, sobre todo en una de las modalidades más interesantes, la de la instrucción primaria.

El Congreso lo ha puesto así de relieve prestando un interés extraordinario a la Sección de Enseñanza.

Dije ayer que esta asamblea debe una gratitud especial a los cultivadores de nuestra lengua, y hoy he de añadir que esta gratitud deben compartir con los lingüistas los que se dedican a cultivar y fomentar las cuestiones de enseñanza en el País Vasco.

Después del de la lengua, y quizás antes que él, es éste uno de los problemas que reclaman soluciones más inmediatas y radicales, si queremos que los acuerdos que salgan de este Congreso, sean fecundos en resultados positivos y prácticos. Si queremos salvar nuestro idioma, si queremos salvar nuestras costumbres, y si queremos, en una palabra, salvar a Vasconia, tenemos que trabajar para que la enseñanza sea nuestra, para que los maestros sean nuestros, para que los elijan los Ayuntamientos, porque la enseñanza es función de la sociedad y sólo en el caso de que ésta la desatienda es función del Estado.

Hay que convenir, señores, en que nuestros padres de familia, nuestras Diputaciones y nuestros Ayuntamientos, están capacitados para fomentarla y dirigirla, porque somos mayores de edad. Hay que decirlo ya muy alto: no necesitamos en esta materia, ni en otras muchas, la acción tutelar del Estado.

Y para fomentar esta enseñanza y para animara los congresistas a ello, se da esta conferencia.

Desde que empezamos los trabajos de iniciación de este Congreso, pensamos en que no había persona que pudiera tratar de este asunto con más competencia y conocimiento de causa que el docto Catedrático del Instituto de Vitoria, D. Luis de Eleizalde, cuya intensa labor intelectual abarca no sólo una materia, sino todas las disciplinas. las ciencias exactas, la música, la literatura, la lingüística, haciendo con ello honor a un apellido ilustre que heredó de su padre, guipuzcoano insigne, a quien—hora es ya de reconocerlo—Guipúzcoa no le ha rendido todavía el tributo merecido a su talento y a sus virtudes.

Pero por encima de todas estas cualidades que adornan al Sr. Eleizalde, está su entrañable amor al País Vasco y su culto apasionado a nuestras instituciones seculares.

Sirvan estas palabras de un homenaje anticipado del muy entusiasta y fervoroso que esta tarde el Congreso ha de tributar al ilustre conferenciante.

Disertación del conferenciante

SEÑORES:

Un mismo deseo, una aspiración común nos ha reunido en esta hermosa e histórica villa del País Vasco: el deseo de buscar conjuntamente los medios más prácticos y eficaces de servir mejor a este nuestro País, la aspiración nobilísima de elevar la vida vasca hacia las cumbres supremas. Queremos para nuestro País la vida, la vida cada vez más intensa; un perpétuo incremento de vida, si posible fuera. Y venimos congregándonos todos los días en aquel recinto venerable y secular, cuyos muros se nos aparecen impregnados de la más alta de las tradiciones de un país que es la tradición cultural, para verificar una revisión de los valores de nuestro pueblo, para realizar como un inventario de nuestros haberes y deficiencias, una especie de arqueo entre lo que poseemos y lo que necesitamos.

Guiados por estos propósitos cuya laudabilidad no se podría encarecer excesivamente, los organizadores de este Congreso han preparado un vasto y muy completo programa, en el que figuran con la debida extensión e importancia las ciencias sociales y políticas, las ciencias naturales, la Lingüística, la Historia, el Arte y la Enseñanza. Es evidente que no ha estado en el ánimo de los organizadores que todo ese programa completo, complejo y sustancial quede cumplido y agotado en este primer Congreso: entre otras razones, la premura del tiempo, el brevísimo plazo de tres o cuatro meses concedido para la preparación de vastos y difíciles temas son motivos suficientes para no considerar este primer Congreso más que como una iniciación, como un comienzo de labores que se irán realizando y completando, con la ayuda de Dios, en ulteriores Asambleas análogas a esta. Pero ya ésta mera iniciación, éste previo señalar de orientaciones y de rumbos, me parece un felicísimo presagio de futuras elevaciones, porque creo ver en todo ello la acción de ese instinto irre-

sistible que impele a los pueblos, como a los hombres; a conservar y fomentar la vida.

Me ha sido señalado para esta conferencia un terna muy superior a mis fuerzas, como lo reconozco sin dificultad ni rebozo. En sí mismo, este tema de la educación —de la formación intelectual y moral del hombre completo— es de los tres o cuatro, poquísimos en número, que absorben de continuo la atención de los más esclarecidos pensadores del mundo; porque, en efecto, en una época tan intelectualizada como la nuestra, este punto de la educación es, en todas partes, el tema capital, la cuestión de importancia suprema, y aquí, en nuestro País Vasco, por las especiales circunstancias que se mencionarán luego, es el único problema que necesitamos resolver hoy por hoy. Es claro que las hermosas virtudes de nuestra raza, esa laboriosidad, esa constancia y esa acometividad de nuestro pueblo que son ya proverbiales en todas partes, han creado en el País Vasco un innegable progreso material, un bienestar económico que sería injusto e inconveniente desestimar; pero nos damos también cuenta de que sólo es bueno el progreso material cuando se endereza a servir a fines espirituales, y creemos, por ende, que un pueblo de mercaderes exclusivamente está condenado a perecer con sus mercancías. Y así como sería depresivo y humillante vivir en un suntuoso. palacio con el espíritu sumido en la miseria intelectual, de la misma manera estimamos que a la prosperidad material de nuestro País deben corresponder la mayor elevación posible de intelectualidad, el desarrollo y fomento de una cultura propiamente nuestra; que si las facultades superiores del hombre, y de los pueblos, no encuentran el estímulo apropiado y no se mantienen en actividad incesante, muy luego caen los hombres, y también los pueblos, en la esclavitud de la sensualidad y del escepticismo, en la incapacidad de creer en nada y de amar nada con verdadero ardor.

La hora presente trae, por tanto, este grave peligro para nuestro País Vasco: el peligro de la sensualidad, de la grosería y del escepticismo, por falta del necesario contrapeso de una firme y sólida educación intelectual y moral. Si los vascos no nos decidimos ahora a tomar parte, a tomar «nuestra parte», en el movimiento moral e intelectual del mundo, si persistimos en mantenernos apartados de la lucha universal por la verdad, el bien y la justicia, pensando que nos es bastante con fomentar las futilidades materiales y amontonar el dinero, es evidente que iremos dejando cada vez más de ser un pueblo, que nos convertiremos finalmente en una especie de sociedad de negocios. Porque no deberemos jamás perder de vista que un pueblo no es solamente una raza, un idioma, unas instituciones propias y unas costumbres peculiares, sino con todo eso una cultura propia realizada en lo posible con todas las variadas producciones que el genio nacional haya de crear en las ciencias, en la literatura y en las artes. De suerte que el estudio y la educación hayan de servir para que la luz propia que posee cada pueblo brille con el máximo de intensidad, con el mayor esplendor posible.

Ahora bien, es forzoso confesar que estas vitales cuestiones de instrucción y de educación—sobre todo, de instrucción y cultura populares—han merecido

hasta ahora muy poco interés en los vascos. Hay que decirlo, porque es la verdad: ese poco interés que los vascos han mostrado por la educación y la instrucción de su pueblo, ese interés tan escaso que casi puede calificarse de abandono total, de culpable negligencia, es una de las mayores manchas de nuestra historia, es la principal concausa de nuestra decadencia política y social, es la más urgente reparación que nosotros los vascos del siglo XX debemos a nuestro País y a nuestra raza. ¿Hay algunas atenuantes en ese abandono, alguna disculpa de la falta casi absoluta de instituciones culturales peculiares en nuestro País durante aquellos siglos medioevales en los que, en otros países, se laboraban los sólidos cimientos de la cultura moderna? Creo que existen ciertamente esas atenuantes y alguna disculpa: primeramente la falta de unidad política del País Vasco en toda su historia independiente, y en segundo lugar, el casi continuo estado de agitación y de belicosas turbulencias que durante largos siglos sumieron al País entero. Recién aquietado éste, el descubrimiento y la colonización de América se nos llevaron importantes contingentes de población para dar vida a los nuevos países, dejando en situación hartamente precaria la vieja tierra solariega. Después, hemos vegetado malamente, sin aspiraciones, ni temores, ni esperanzas. Eramos un país pobre, despoblado, una tierra estéril y poco codiciada. Subsistía el idioma vasco por mera tradición oral, sin literatura, sin una escuela, sin nada: un caso único en la historia, probablemente. La inconsciencia de los vascos de aquellas edades llegó hasta desconocer totalmente la importancia que para un pueblo reviste la conservación de su idioma propio, el signo más característico de su personalidad. Hemos sobrevivido, por consiguiente, por puro milagro. ¡Y pensar que otros pueblos, no mejor dotados intelectualmente que el nuestro, se ocupaban ya activamente, de siglos atrás, en resolver este problema de la educación e instrucción populares! Sin referirnos a las grandes nacionalidades modernas que hoy marchan a la cabeza de la cultura y de la civilización, podemos presentar magníficos ejemplos de pueblos que como el nuestro carecen hoy de Estado propio, y donde por consiguiente la acción del Estado relativamente a la cultura indígena es nula u hostil. Esos ejemplos deben servir desde luego para avergonzarnos, y además para estimularnos a la acción.

Desde los albores de la Edad Media, la Iglesia católica organizó en Irlanda un plan casi monástico de iglesias, de conventos y de escuelas. La Iglesia se adaptó allí al espíritu nacional, y fué una Iglesia céltica, sin dejar de ser católica y romana. Abriéronse en todas partes escuelas y bibliotecas, escuelas que enseñaban las letras y las ciencias, el griego, la filosofía y la teología. Algunas de estas instituciones escolares eran ya verdaderas Universidades, a las que acudían, ávidos de saber, peregrinos de todas las regiones de Europa. La escuela, de Armagh, fundada por San Patricio, llegó a contar setecientos alumnos; la de Clonmacnoise, cuyas ruinas se ven todavía a orillas del Shannon, formó al célebre Alcuino. De esos focos de instrucción nacional irlandesa procedieron San Columba, el fundador del monasterio de Iona en Escocia y evangelizador de los Pictos; San Columbano, fundador de innumerables monasterios en las Galias, desde Nantes hasta los Vosgos; su discípulo San Gall,

fundador del monasterio de su nombre a orillas del lago de Constanza en Suiza: San Kilian, apóstol de la Franconia y la Thuringia; los monjes irlandeses que rodeaban a Carlomagno en Aquisgrán, y para cerrar esta abreviadísima enumeración con un nombre preclaro, Escoto Erígena, el fundador de la filosofía escolástica, llamado de Irlanda a París por el rey Carlos el Calvo. Y aunque desde el siglo IX las devastadoras incursiones de los Vikings o piratas noruegones, destruyeron o incendiaron, en tierra irlandesa, escuelas, bibliotecas, monasterios y manuscritos, todavía han conseguido llegar hasta nuestros días en la biblioteca del continente—en París, en Basilea, en Colonia, en Viena, en Milán—viejísimos y preciosos manuscritos en lengua irlandesa, de los siglos VI y VII, insigne prueba documental de la cultura alcanzada en aquellos siglos por la Isla de los Santos y de los Doctores.

En la región oriental de Europa, en las llanuras bajas y pantanosas que separan la Europa central de las estepas moscovitas, aparece hacia el siglo VIII un pueblo caballeresco y heroico cuyos seis primeros siglos de historia son una lucha constante, por la propia existencia, contra hunos, germanos, tártaros y mongoles. No podemos pedir a tan precarias condiciones de vida otras preocupaciones que las de salvar el peligro de cada momento, defendiendo con las armas en la mano la existencia nacional, en todos los instantes amenazada. Pero la primera labor del pueblo polaco, en cuanto alcanzó ya cierto grado de estabilidad y alguna seguridad de existencia, fué la de abrir la Universidad de Cracovia, para la formación de maestros de instrucción primaria, para mejorar y multiplicar las escuelas. Ese Centro universitario polaco llegó muy pronto a alcanzar altísima fama de cultura: él produjo, en el siglo XVI, al genial astrónomo Nicolas Copérnico. Esa misma Universidad cracoviana ha dado origen a la institución tan popular y beneficiosa de los maestros ambulantes, institución que vemos implantada de antiguo en Dinamarca, en Noruega, en Finlandia, en todos los países de población diseminada, sin que jamás se haya practicado que sepamos en nuestro País Vasco ninguna experiencia de este género.

Sigamos recorriendo otros pueblos que presentan semejanzas con el nuestro en cuanto a situación política y en cuanto a dificultades que hayan podido encontrar para crear y fomentar una cultura propia. En la Europa Central bajo la dominación política de Austria, encontramos el país de Bohemia, con una población que se acerca a siete millones de habitantes, distribuidos en dos categorías lingüísticas: los txeques o tzechos con 4 $\frac{1}{4}$ millones, y los alemanes con 2 $\frac{1}{2}$ millones. Como puede suponerse, en ese país existen comarcas enteramente txeques, comarcas enteramente alemanas, y regiones mixtas. Como puede suponerse también, el alemán, valido de su magnífica cultura nacional, de su facilidad de organizarse perfectamente, del apoyo político del Estado austriaco, de la omnímoda ayuda y dirección de las asociaciones pangermanistas de Berlín, trata de invadir y de asimilarse al txeque, hallándose entablada entre las dos culturas—la germánica y la txeque—una lucha tenaz, en condiciones notablemente desventajosas para este último pueblo. Esa lucha, antes de la guerra actual, estaba entablada principalmente en el terreno es-

colar. Pero nada es comparable con la energía y perseverancia que en las cuestiones de la instrucción pública de su País han desplegado los txeques, al multiplicar las escuelas y los establecimientos de educación, para instruir en la lengua materna a los niños todos de su raza, desde el más pobre al más rico. No es allí la lucha escolar más fácil que entre nosotros: los txeques han necesitado contrarrestar, no solamente la opuesta influencia del Estado, sino la acción de la potentísima sociedad «Deutscher Schulverein», de Viena, cuyo objeto era la germanización no sólo de las comarcas mixtas sino aún de las puramente esclavas, por medio de la instrucción primaria de los niños txeques. A esta «Schulverein» vienesa, que no es más que una sucursal de la «Allgemeine Deutscher Sculverein» de Berlín, los txeques han conseguido oponer una «Matitse Skolska» o Asociación escolar que para el año 1897 había fundado ya más de cien escuelas, y que invierte anualmente más de seis millones de florines en la instrucción primaria de medio millón de alumnos. Ningún sacrificio pecuniario les parece a los txeques enorme, ni grande, ni siquiera digno de consideración cuando se trata de la instrucción popular, del fomento de la propia cultura para la más alta vida de su pueblo. En cuanto a los establecimientos txeques de segunda enseñanza, baste saber que de diez que eran en 1860 pasaron en 1897 a ser más de sesenta, sin incluir en este número las varias escuelas de agricultura, de diversos grados. En esa proporción, nosotros deberíamos tener seis Institutos euzkéricos sólo para el País euzkeldun, y más de quince para todo el País Vasco. Bien se ve cuán distantes estamos de esas cifras y de aquellas almas. No menos instructiva y edificante, para nuestro punto de vista, es la historia de la Universidad txeque. Fundada hace varios siglos por el emperador Carlos IV, la Universidad de Praga admitía desde sus comienzos el latín como lengua de enseñanza, hasta que este idioma fué suplantado por el alemán, a fines del siglo XVIII, por orden del emperador José II. Pero ya en 1793, la aristocracia txeque solicitó y obtuvo la fundación de una cátedra de literatura txeque en esta Universidad oficial y germanizante. Medio siglo más tarde, fueron los estudiantes quienes reclamaron la libertad y equiparidad de los dos idiomas en las enseñanzas universitarias, reforma que, concedida por el Estado en 1866, tuvo por efecto multiplicar las cátedras y los cursos en lengua txeque. Nueve años después, en 1875, todas las enseñanzas universitarias eran ya bilingües, y el desdoblamiento de esta universidad híbrida era ya cuestión de tiempo. Finalmente, por la ley de 28 de Febrero de 1882, existen en Praga dos distintas y separadas Universidades: la txeque y la alemana. La primera con 4.406 estudiantes y la segunda con 1.931 alumnos; ambas cifras tomadas en el mismo curso de 1912-1913.

Volvamos ahora la vista a nuestro País, y para no fijarnos más que en el estado de la instrucción primaria del mismo, preguntémonos seriamente si de la actual situación de cosas es posible esperar ningún beneficio, ni el más remoto, para las generaciones de vascos que se están formando en las escuelas oficiales. Ya hace unos meses tuve necesidad de tratar de estas cuestiones en las Conferencias de la Junta de Cultura Vasca de Bilbao. Como la situación, de entonces acá, no ha variado, fuerza será repetir lo que en aquella ocasión

dije, y volver a llamar la atención de todos los vascos amantes del País sobre la importancia capital de este problema, realmente el único que por ahora pesa sobre nosotros. El problema se plantea principalmente para el País euzkeldun, es decir para una masa de población, lo más puro y característico de nuestra raza, que seguramente no baja de medio millón de almas; hay que decirlo así: «de almas», porque es un problema de almas el que se ha de resolver. Esa masa de población no recibe instrucción ninguna, no porque falten las escuelas primarias, sino porque la organización dada por el Estado a esos centros de instrucción elemental los hace no sólo inútiles sino contraproducentes. En virtud de no se qué abstracciones dañosas y de unos convencionalismos falsos y perniciosos a más no poder, el Estado ha decretado que en el corazón del País euzkeldun, en los últimos «auzos» de la montaña nabarra, guipuzcoana y bizkaina, la enseñanza sea exclusivamente castellana, o no sea. No quiero mirar ni por un momento el aspecto político de la cosa, si lo tiene, sino sólo el puramente pedagógico, y protesto contra éste, en nombre de la humanidad, del sentido común y de la cultura, con todas las fuerzas de mi alma. Pocos días hace que un señor, maestro oficial en un pueblo euzkeldun, preguntaba con estupendo desenfado, muy lejano de la seriedad con que deben ser tratadas estas graves cuestiones: «¿Qué importa que la enseñanza se dé en una u otra lengua? . . . » ¡No ha de importar!..... Si, como a continuación decía ese mismo señor, dándose él mismo la respuesta adecuada, si la cuestión es dar buena enseñanza, ¿qué duda cabe de que la mejor enseñanza, la única enseñanza posible en realidad, se dará en la lengua materna, en el instrumento familiar de comprensión, en el idioma que habla inmediatamente a la inteligencia y al sentimiento, que se graba sin esfuerzo en la memoria? Ni se concibe qué clase de educación integral pueda recibir el euzkeldun a quien desde sus primeros años se enseña a despreciar su idioma nativo y a odiarlo a causa de los bárbaros castigos corporales que le hayan valido su conocimiento y uso. Y no será extraño, sino muy natural, que el odio y la rebelión se extiendan también sobre esa instrucción que se le trata de imponer con tan brutales y antipedagógicos procedimientos.

Este nudo de la instrucción primaria en el País euzkeldun, es necesario soltarlo o cortarlo, como el de Gordio. No creo que consigamos soltarlo, es decir, obtener del Estado que, dejando a un lado sus ilusorias abstracciones y ateniéndose alguna vez a las realidades vivas, cambiase su sistema de educación e implantase la enseñanza primaria euzkérica en el País euzkeldun. Esto sería lógico, esto sería racional y justo; pero, por lo mismo, parece poco probable. De consiguiente, lo único factible en la situación actual será cortar el nudo, es decir, organizar nosotros mismos por medio de la asociación, de una especie de «Matitse Skolska» como la de los txeques, las escuelas euzkéricas que sean necesarias. Es el único camino que veo, hoy por hoy, camino penoso, difícil, lleno de sacrificios; pero con todo ello, el único camino practicable. Creo indispensable que lo emprendamos resueltamente, y no dejaré de apuntar que mientras llegamos a organizar nuestra tupida red de escuelas euzkéricas —obra que necesariamente exigirá varios años— el clero puede prestar, si

quiere, al País euzkeldun el eminente servicio de ir congregando pequeños grupos de niños de nuestros «auzos» campesinos, para darles los primeros rudimentos de la instrucción, para enseñarles a leer y a escribir en Euzkera, para iniciarlos en la numeración y en las cuatro reglas elementales, ¿Sería esto mucho pedir a sacerdotes vascos, a quienes, además del servicio al País, cabría el mérito de practicar una de las más insignes obras de misericordia, la de «enseñar al que no sabe»?...

* * *

Reclamo ahora de vuestra benévola atención, señores, unos poco minutos para hablar de la Universidad, de nuestra futura Universidad cuyo proyecto ha sido acogido con singular favor por toda la opinión ilustrada del País.

Hemos de tener la Universidad y hemos de tender todos a tenerla por tres razones principales: primeramente, porque la institución universitaria es la clave de todo sistema escolar; en segundo lugar, porque esa institución, bien planteada y regida, será el nexo espiritual que nuestro País, tan diversificado por desgracia, necesita hoy más que nunca; finalmente, porque ninguna institución mejor que la Universidad puede agrupar y coordinar, y dar espíritu de continuidad, de armonía y de convergencia a los esfuerzos individuales que por la cultura del País y para el mejor servicio del mismo estamos todos dispuestos a emprender. Pues si toda verdadera Universidad debe responder a algún gran objeto moral, ¿cuál será más digno de la Universidad Vasca que la realización de las aspiraciones comunes que nos reunen esta semana, aquí en Oñate?

Dedúcese de aquí lo equivocado del concepto que de la Universidad Vasca tienen los que solamente vean, en este proyecto, las ventajas pecuniarias que produzca a tal o cual población: un aumento en la recaudación de consumos, un fomento de los intereses comerciales, y otras cosillas del mismo género. Ni esto, ni una fábrica, a producción forzada, de licenciados y doctores que compita, en cuanto a tal rendimiento, con otros «acreditados» establecimientos del reino. Si la nave de nuestra Universidad hubiera de varar en bajos tan bajos, sería mil veces preferible que no saliera jamás del puerto, ni siquiera del Astillero. Si nuestra Universidad, en lugar de formar hombres de acción, hubiera de limitarse a producir hombres de lujo, no sería yo quien perdiera mi tiempo y os hiciera perder el vuestro, hablando de una institución de esa especie.

Por el contrario, vale la pena de que examinemos por unos momentos algunos aspectos de esta cuestión de la Universidad, en su aplicación a las necesidades actuales del País Vasco.

Desde luego, a mi modo de ver, la Universidad no es una institución vulgarizadora, sino, al contrario una selección. Para la vulgarización de los conocimientos científicos, sobre todo para su aplicación a las necesidades prácticas, hay ya mil instituciones que no son la Universidad, aunque dimanen de ella: escuelas de artes e industrias, de agricultura, de comercio, de ciencias

aplicada establecimientos técnicos de todas clases. Pero la Universidad no es eso, sino una selección de unos pocos espíritus, los mejores, los más fuertes, los más abnegados que se dejan guiar por una idea inspiradora, por un objeto elevado, por un ideal vivo que ha de animar por igual a profesores y alumnos. Esta comunidad de ideales trascendentes es, de consiguiente, la primera condición de vida de la Universidad—como lo dice ya este mismo nombre.

La Universidad es también la mansión propia de los estudios desinteresados, el terreno de cultivo de la ciencia por ella misma con abstracción de todo fin utilitario, el laboratorio donde se forman los jefes espirituales, los hombres capaces de dirigir los pensamientos y la acción de las muchedumbres —y por ese mismo carácter de desinterés utilitario, de abnegación por la ciencia pura, la verdadera Universidad es, inmediatamente después de la Iglesia, la más alta protesta de la espiritualidad humana contra el materialismo desbordante que acosa hoy a las almas, incitándola a todas las degradaciones. Se ve ya, por lo dicho, cuán altos designios providenciales puede cumplir en un País una verdadera Universidad, y qué espíritu de respeto casi religioso debe presidir a la fundación y organización de uno de esos grandes centros docentes. Los edificios, los reglamentos, las rentas y demás, son cosas secundarias y accesorias: lo esencial es que haya un alto principio espiritual que sirva de guía, un ideal vivo que realice un gran objeto moral que cumplir. Pero insisto en que la Universidad sea una selección: unos pocos buenos juristas, un puñado de ingenieros, una pequeña minoría de excelentes médicos, literatos y profesores bastaran para remover profundamente el País, para impulsar de un modo maravilloso el progreso cultural del mismo, mientras que esas turbas de inadaptados e inadaptables, en mal hora provistos de un título académico, que brotan de las Universidades «vulgarizadoras»—las llamo así, por no darlas otro calificativo más apropiado y más duro—esas turbas de inadaptados, repito, solo constituyen el gravoso lastre, el peso muerto que un pobre País tiene que arrastrar consigo, bajo la constante amenaza de los fermentos de virulentísima revuelta que jamás faltan en esas masas de descentrados. La técnica es vulgarizable con fines prácticos y utilitarios; no así la ciencia pura. La ciencia es una fuerza incomparablemente mayor que el oro; un espíritu débil sucumbe bajo ella mucho más fácilmente que el sensual bajo la riqueza. Por eso, es preciso que reciban los conocimientos de la ciencia pura solamente aquellos que se hayan capacitado por medio de una larga disciplina intelectual y moral, so pena de poner un formidable explosivo en manos de un demente o de un niño. Y por eso he dicho antes que la Universidad es una selección de pocos espíritus, los mejores, los más fuertes, los verdaderamente capacitados.

El objeto de la Universidad no es, pues, exclusivamente la formación de profesionales en medicina, en jurisprudencia ni en las ciencias. Este será un objeto secundario. La misión de la Universidad es más alta, es verdaderamente augusta. Consiste en congregar a los hombres eminentes en las diversas ramas del saber, para que continúen desarrollándose a sí mismos y sean, por consiguiente, capaces de promover el desarrollo de otros. La Universidad deberá,

por ende, proporcionar una cultura completa, no solamente intelectual. Porque sería proceder con la más grave de las equivocaciones ocuparse solamente de multiplicar los conocimientos intelectuales, olvidando que la verdadera grandeza del hombre depende casi exclusivamente de su energía moral. Y la cultura universitaria habrá de ser, a más de completa, *total*, de tal suerte que lejos de caer en la funesta exageración de las especializaciones a ultranza, se proceda como el labrador que cruza los surcos en todas direcciones según el consejo de las Geórgicas:

Rursus in obliquum verso perrumpit aratro

y de esa manera la cultura universitaria cruce los surcos de la literatura con los de las ciencias, éstos con la filosofía y esta última con la teología.

* * *

Los tiempos se van consumando con una velocidad de vértigo, los acontecimientos, más que sucederse, se amontonan de tal suerte que ya no se cuentan por años, sino por días. Nuestro mismo País Vasco ha vivido en estos veinte años más intensamente que en los dos siglos últimos. Todo esto nos induce a muchos a creer que es llegado ya el momento de plantear en nuestro País estas instituciones de educación, esas escuelas primarias y esa Universidad de las que acabo de hablaros. No faltan con todo quienes piensan que todas estas obras son prematuras, que el País no está todavía preparado para recibirlas. Creo que tales voces no deben ser escuchadas, porque si las atendemos, habremos de quedar indefinidamente en la situación del aldeano de la fábula en la orilla del río, esperando a que dejen de correr las aguas para atravesar en seco el cauce y ganar sin molestias la margen opuesta. Las aguas seguirán fluyendo, y solamente los que se decidan a echarse a nado o a construir un puente conseguirán entrar en la tierra prometida de una vida más alta y más plena.

Quiero terminar aquí, señores y compatriotas míos, pero no sin insistir una vez más—y os pido perdón por tan molesta insistencia—en estas verdades triviales que se condensan en los términos siguientes:

La elevación del País depende intimamente de su regeneración moral, y ésta no es posible sin una verdadera educación del hombre completo, extendida a todo el pueblo. Tal educación sólo podrá venir de hombres que posean la vida del espíritu, del corazón y de la conciencia, cuyas inteligencias estén bailadas en luz, cuyas almas estén llenas de ese calor que engrandece al espíritu y lo capacita para las más diversas culturas. Y la misión de la Universidad es la formación de esta dase de hombres.